

Temiendo alguna desgracia,  
Porque sus hermosos soles  
Los de Celin deslumbraban;  
Y quitado el resplandor  
Pudo el moro ver la plaza,  
Y en ella un toro furioso,  
Que á los cielos amenaza.  
La cabeza en proporcion  
La cerviz corta, empuñada;  
Anchuroso tiene el pecho,  
La cola toda enroscada:  
Un remolino en la frente;  
En sangre los ojos baña;  
Cortos brazos, largos piés,  
Bufa, salta, corre y brama.  
No teme el bello amador,  
Que á Marte en fama aventaja:  
Seguro en el alazan  
En las puntas se empuñaba.  
Cuando el vigoroso toro  
Con el amador cerraba,  
Hirióle con el rejon,  
Por la cerviz se lo clava:  
Quedó atormentado el toro,  
La una rodilla hincada,  
Cogido en la dura tierra  
Sin que al moro ofenda en nada.  
Revuelve Celin los ojos  
Y vió que su mora estaba  
En los brazos de Adalifa  
Del gran temor desmayada:  
Del contento que tomó  
Al toro menospreciaba:  
Quebrando el asta al rejon  
Todo el medio le dejaba,  
Y de una veloz carrera  
Atravesara la plaza  
Parando en los miradores  
De su querida Adilaja.

(Romancero general.)

120.

CELIN DE ESCARICHE.—III.  
(Anónimo.)

Vestido el cuerpo de cielo,  
Y de sus glorias el alma,  
Con mil estrellas y soles,  
Y mil cifras coronadas,  
Entra á correr la sortija  
Celin, á quien acompañan  
Catorce moros Cegries,  
Los mejores de Granada,  
En un caballo andaluz,  
De la generosa raza  
Que al sacro Guadalquivir  
Le suele pastar la grama:  
Castaño oscuro, fogoso,  
Cabos negros, gruesas ancas,  
Ancho pecho, recios brazos  
Corto cuello, cola larga,  
Chica cabeza y orejas,  
Crines grandes encrespadas,  
Gallardo, brioso y fiero,  
Y humilde al freno que tasca.  
Alborótase la gente,  
Y en los tablados se alza,  
Bendiciéndole mil veces  
Por donde quiera que pasa.  
Todo el mundo le bendice,  
Y la envidia avergonzada  
Se esconde en algunos pechos,  
Que de envidiosos no hablan.  
Desde su balcon le mira  
La dulce y tierna Adilaja,  
Original de mil soles,  
Que en la marlota llevaba.  
Levanta el moro los ojos  
Y hácia su dama los baja,

Que siempre su hermosura  
La trae por las nubes altas.  
Contempla Celin su cielo,  
Aunque con vista turbada,  
Porque el resplandor divino  
Turba las vistas humanas.  
Quedaron mudos los cuerpos,  
Solas las almas se hablan,  
Que en las luces de los ojos  
Iban y venían las almas.  
Licencia pide Celin,  
Adilaja se la daba,  
Para que corra con Muza  
En su presencia tres lanzas.  
Muza se pone en el puesto,  
Gallardo corre su lanza,  
Y Celin le ocupa luego  
Con postura mas gallarda.  
Vuelve furioso el caballo  
A la carrera la cara,  
Pone la cola en el suelo  
Y entrambos brazos levanta:  
Llámale con las espuelas  
Y con el freno le llama  
Responde fiero y humilde,  
Y vuela sin tener alas.  
Celin con aire del cielo  
Afuera la lanza saca,  
Y al tercio de la carrera,  
Corva el brazo, aprieta el asta;  
Abrigala con el pecho,  
Y abrigándola la baja  
A ley de galan, y cierto  
A lo que mandan las armas.  
Para veloz el caballo,  
Tanto que en la arena blanda  
Apénas juzga la vista  
La herradura ni la estampa.  
Derriba Celin el brazo,  
Vuelve á su lugar la lanza,  
Oprime el freno el rigor,  
Y para el caballo á raya.  
Corre otras dos, y en la corte  
Admirada de miraras,  
Levantán hasta los cielos  
La voz de sus alabanzas.  
En esto se puso el sol,  
Y la noche con sus alas  
Cubrió de confusas nieblas  
Los palacios y la plaza.  
Dieron hachas á Celin,  
Y regocijo á Granada,  
Quedando por mil razones  
Gloriosa la casa de Alba.

(Romancero general.)

## ROMANCES DE CELIN AUDALLA.

121.

CELIN AUDALLA.—I

(Anónimo.)

Las soberbias torres mira,  
Y de léjos las almenas,  
De su patria dulce y cara,  
Celin, que el Rey le destierra.  
Y perdida la esperanza  
De jamas volver á vella,  
Con suspiros tristes dice:  
«Del cielo luciente estrella!  
¡Granada bella!  
Mi llanto escucha, y duélate mi pena».  
¡Hermosa playa que al viento  
Das por tributo y ofrenda  
Tanta variedad de flores,  
Que él mismo se admira en vellas!  
Verdes plantas de Genil,  
Fresca y regalada vega,

Que es conforme á mi deseo,  
Y al tiempo en que tú te hallas.

(Romancero general.)

125.

CELIN AUDALLA.—III.

(Anónimo.)

En Palma estaba cautiva  
La bella y hermosa Zara,  
Y aunque en Palma tiene el cuerpo,  
En Baza la vida y alma,  
Porque imagina está en ella  
El moro Celin Audalla,  
Ignorante del tormento  
Que el moro por ella pasa:  
Y aunque la quiere y estima  
La condesa, y la regala,  
No es parte para que el llanto  
Amaine un momento en Zara;  
Y para se consolar  
De la gran pena que pasa,  
A otra cautiva la cuenta  
Su pasion, y de do mana.  
—Habrás de saber, le dice,  
Que yo he nacido en Granada,  
Adonde serví á la Reina  
Diez años dentro en la Alhambra.  
Servila de camarera,  
Tuve su riqueza en guarda,  
Queríame por extremo,  
Y yo por extremo amaba,  
No á la Reina mi señora,  
Aunque obligada la estaba,  
Sino á un moro, que es mi sol,  
Y mi bien, Celin Audalla.  
Era galan y de estima,  
Y por eso le estimaba;  
Teniale por mi sol,  
Porque con él me alumbraba.  
Cielo le llamé, mas fué  
Para mí toda desgracia.  
Causóla el venir mi padre;  
¡Pluguiera Alá no llegara!  
A servir el alcaldía  
Y la tenencia de Baza.  
Vinole el moro á servir  
Con el cuerpo, á mí con l'alma,  
Poniéndose á mil peligros,  
Porque á mi padre agradaba.  
Asaltóse la ciudad,  
Y fué mi alma asaltada,  
Perdiendo padre y amigo,  
Y yo sujeta y esclava.  
Fuese el moro, y yo no creo  
Ser posible que se vaya  
El corazon con el cuerpo,  
Dejándome á mi su alma;  
Y para que la labor  
Que es testigo de mis ansias  
Manifieste mi dolor,  
Diré en la lengua de Arabia:  
«Si llevaste el corazon,  
» Pienso que me quedé el alma»;  
Y en otro lado pondré:  
«No faltará mi palabra».  
Y pondré en tercera orla:  
«Firme estará mi palabra»;  
Y en la cuarta por remate:  
«En jamas habrá mudanza»;  
Y en medio de la labor  
Una ave Fénix pintada,  
Que de las cenizas frías  
Saca vivas esperanzas;  
Y un montero que le tira,  
Y un mote que dice: «Aguarda,  
» Porque no es justo que tires  
» A quien la vida le falta.»

Dulce recreacion de damas,  
De los hombres gloria inmensa!  
«¡Granada bella etc.  
¡Fuentes de Generalife,  
Que regais su prado y huerta,  
Las lágrimas que derramo,  
Si entre vosotros se mezclan,  
Recibillas con amor,  
Pues son de amor cara prenda!  
Mirad que es licor precioso  
Adonde el alma se alegra:  
«¡Granada bella etc.  
¡Aires frescos que alentais  
Lo que el cielo ciñe y cerca,  
Cuando lleguéis á Granada,  
Alá os guarde y mantenga!  
Para que aquestos suspiros  
Que os doy, le deis en mi ausencia.  
Y como presentes digan  
Lo que los ausentes penan.  
«¡Granada bella!  
Mi llanto escucha, y duélate mi pena.»

(Romancero general.—II. Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

122.

CELIN AUDALLA.—II

(Anónimo.)

La hermosa Zara Cegri,  
Bella en todo y agraciada,  
Discreta, porque sirvió  
A la Reina en el Alhambra;  
Hija del alcaide Hamete  
Que tuvo en tenencia á Baza,  
Llora triste y afligida  
Su cautiverio y desgracia  
En el porfiado cerco  
Del rey Fernando de España.  
Ya despues de muchos dias,  
Por falta de vituallas,  
Se entregó el misero Alcaide  
Siendo su casa asolada.  
La bella Zara le cupo  
A la condesa de Palma,  
Que acompañando á la Reina,  
Se vino al cerco de Baza.  
La condesa le pregunta  
A Zara, en qué se ocupaba,  
Y qué ejercicio tenia  
En el Alhambra en Granada.  
Llorando la mora dice:  
—Señora, asentaba plata,  
Labraba la seda y oro,  
Tañia, también cantaba;  
Pero agora solo sé  
Llorar mi mucha desgracia,  
Porque aunque merced me haces  
A la fin, fin soy tu esclava:  
Y para pasar el tiempo  
De cautiverio en tu casa,  
Labraré, si gustas de ello,  
Una nao bien aprestada,  
Navegando viento en popa;  
Luego la mar alterada  
Con las olas por el cielo,  
Y que las velas amaina,  
Y en la alta gavia esta letra  
Que diga en lengua cristiana:  
«No hay bonanza que no vuelva  
» En gran tormento y borrasca»;  
Y por orla en la labor  
Que diga en letra de Arabia:  
«Podrá ser que Alá permita  
» Que tenga fin mi desgracia».  
—Muy bien me parece, mora,  
Esa labor que tú trazas;

Esto decia la mora,  
Cuando la Condesa llama,  
Diciéndole: ¿Adónde estás?  
¿Por qué no respondes, Zara?

(Romancero general.)

124.

CELIN AUDALLA. — IV.

(Anónimo.)

El animoso Celin,  
Hijo de Celin Audalla,  
El que fué alcaide de Alora  
Y de la villa de Alhama,  
Mira el fuerte sitio el moro,  
El alcázar, la muralla,  
Las apertilladas torres  
De la destruida Baza.  
Quiere despedirse el moro,  
Y llama la patria amada,  
Imaginando que está  
En ella el bien de su alma.  
Quéjase de la fortuna,  
Y entre sí confuso habla:  
—¿En qué te ofendí, le dice,  
Para tomar tal venganza,  
Después de tantos trofeos  
Que me dió la bella Zara,  
Haciéndome mil favores  
En los juegos y en las zambras?  
Y agora quiso mi suerte,  
Digo, quiso mi desgracia,  
Que el rey Fernando pusiese  
Cerco á la ciudad de Baza.  
Usó conmigo clemencia,  
¡Que á Alá pluguiera no usara!  
Para libertar el cuerpo,  
Y quedar cautiva el alma.—  
Esto diciendo, se quita  
La marlota que llevaba  
De verde, morado y blanco  
En amarillo aforrada,  
Y dice: —Sirva el aforro  
Por ser color que me cuadra.  
Las verdes plumas no quiero,  
Pues se perdió mi esperanza:  
De la adarga borraré  
El lince que declaraba  
Que mis ojos en mirar  
A los de lince ganaban.  
También borraré la letra,  
Que dice en lengua cristiana:  
«Mucho mas rinde mi brazo,  
» Que lo que la vista alcanza».  
Y ese tahali azul  
Ya no es cosa que me cuadra,  
Pues me falta la ocasion  
De celos, no por mudanzas.  
La toca morada dejo,  
Porque aunque amor no me falta,  
Podrá ser que halle otro  
Que pueda mejor gozalla.—  
Con esto la lanza toma,  
Y muy lijero cabalga,  
Suelta al caballo la rienda  
Para que do quiera vaya,  
Diciendo: —Camina tú,  
Y busca el bien que me falta,  
Que ya no te guiaré  
Sino es á buscar desgracias.—

(Romancero general.)

125.

CELIN AUDALLA. — V.

(Anónimo.)

Celoso vive Celin  
De su regalada griega,

Porque sabe que el poder  
No hace á las almas fuerza;  
Y que el imperio del mundo,  
Y voluntad de sus tierras,  
Se le ha de esquivar en algo,  
Y teme que allí no sea.  
Sabe que la mas hermosa  
Es al doble de soberbia,  
Y que al fin la libertad  
Aun en el amor no es buena.  
Ve suya á su hermosura,  
Y quiere mayores prendas,  
Que los cuerpos sin las almas  
También los goza la tierra.  
Su pensamiento, en quien cabe  
Sujetar al mundo en guerra,  
Ya dudoso dignamente  
De la de algun hombre tiembla.  
El que de muy generoso  
Se fiaba de cualquiera,  
Ya se recela de todos,  
Y no hay verdad en que crea.  
El que siempre á sus oídos  
Trajo cajas y trompetas,  
Ya se humana á imaginar  
De un nuevo Celin querellas.  
Si mira á su Zara llora  
De verla el alma encubierta,  
Que quisiera al chico mundo  
Volver lo de dentro fuera.  
Su armada pone en olvido;  
Solo adora la galera  
Que en la isla de Coron  
Le hizo tan rica presa.  
Aquella, en su gran mezquita,  
Por cosa sagrada cuelga,  
Votando cada diciembre  
En su memoria una fiesta.  
Zara, cautiva y señora,  
Ya se alegra, ya se queja,  
Que menos aviva el gusto  
El cetro que una ternura;  
Y entre los mismos abrazos  
De sus parientes se acuerda,  
Con que los brazos alfoja,  
Que la obligacion aprieta;  
Y en medio de las razones  
Cien mil suspiros degüella,  
Haciendo dellos justicia  
Porque sin cordel confiesan.  
Mil veces al Gran Señor  
A darle gusto se esfuerza,  
Y si presto no volviese,  
Amor se entraria á vueltas;  
Pero es enemigo al fin  
De encogimiento y vergüenza,  
Y verdugo, de los gustos  
Propios, la memoria ajena.  
¡Gran cosa es la majestad!  
Mas no hay pensar que convenga  
Con el amor, que es muchacho,  
Y sin respetos se huelga.  
Las holguras de Coron,  
Frescas, gustosas y bellas,  
Con sus lágrimas las tiene  
En la memoria mas frescas.  
Buena fuera la gran corte,  
Mas como no goza della,  
Cánsala el desasosiego,  
Y el ruido la desvela.  
—¿Qué es esto? ¿Cómo, gran Zara,  
Lo que todas no deseas,  
Que es que venga tu linaje  
A ser señor desta tierra?  
Vida, regalo, señora,  
Ojos, alma, esposa tierna,  
Corazon, entrañas, gloria,  
Descanso, esperanza eterna,  
Ojos, frente, cuello, boca,

Cabellos míos, estrellas,  
Claro cielo, nieve, grana,  
Soles, oro, rubies, perlas,  
¿Cómo mi gran voluntad,  
Hermosa Zara, desprecias?  
¿Por qué te llamas cautiva  
Si mi voluntad gobiernas?  
Favorece tu gran patria,  
Que aunque estuve mal con ella,  
Si quieres haré por tí  
Que vuelva á lo que ántes era.  
Zara, obedeece á Celin,  
Y mira que te lo ruega  
Condolido un tu cautivo  
Y natural de tu tierra.—

(Romancero general.)

126.

CELIN AUDALLA. — VI.

(Anónimo.)

Por la puerta de la Vega  
Salen moros á caballo,  
Vestidos de raso negro,  
Ya de noche al primer cuarto,  
Con hachas negras ardiendo,  
Un atahud acompañando.  
«¿A dó va el malogrado  
» Celin, del alma y vida despojado?»  
Matóle el pasado día  
Sin razon un moro airado,  
En una fiesta solemne  
De que hubo presto el pago:  
Llóralo toda Granada,  
Porque en extremo es amado.  
«¿A dó va el desdichado, etc.»  
Con él van sus deudos todos,  
Y un alfaquí señalado,  
Y cuatro moras hermanas,  
Con muchos en su resguardo;  
Y dicen al son funesto  
De un atambr destemplado:  
«¿A dó va el desdichado, etc.»  
Mesan los rubios cabellos  
Que enlazan á un libertado,  
Y de entre ellos va saliendo  
Un licor claro y salado,  
Y sobre rostros de nieve  
Vierten el color rosado.  
«¿A dó va el desdichado, etc.»  
Y los moros que mas sienten  
Ver tan espantoso caso,  
Llevan roncacas las gargantas;  
Y aunque en son callado y bajo,  
Dicen los moros y moras,  
Mil suspiros arrojando:  
«¿A dó va el desdichado, etc.»  
Una mora, la mas vieja,  
Que de niño lo ha criado,  
Sale llorando al encuentro,  
Mil lágrimas derramando,  
Y con furia y accidente  
Pregunta al bando enlutado:  
«¿A dó va mi hijo amado  
» Celin, del alma y vida despojado?»  
¿A dó vais, bien de mi vida?  
¿Cómo así me habeis dejado?  
¿Qué es del amor increíble  
Que siempre me habeis mostrado?  
¿Quién eclipsó vuestros ojos,  
Luz de los míos cansados?  
«¿Dó vais, mi hijo amado  
» Celin, del alma y vida despojado?»  
¿Dónde os llevan, hijo mio,  
En estos pechos criado?  
¿Quién mudó vuestro color  
Y el rostro apacible y claro?  
¿Quién ha sido el homicida,

T. X.

Y de ánimo tan osado?  
«¿A dó va mi hijo amado  
» Celin, del alma y vida despojado?»  
Diez y seis años hoy hace,  
Ved cuán contados los traigo,  
Que vuestra madre os parió,  
Y yo os crié en mi regazo:  
Yo crié un fuerte muro,  
Aunque lo veo derribado,  
«Pues faltáis, mi hijo amado  
» Celin, del alma y vida despojado.»  
Con estas lamentaciones,  
Sin que la sientan dar cabo,  
De lágrimas hace rios  
Por adonde van pasando,  
Y á darle la sepultura  
Dentro en su villa han entrado,  
«Del triste y desdichado  
» Celin, del alma y vida despojado.»

(Romancero general.)

ROMANCES DE AUDALLA.

127.

AUDALLA. — I.

(Anónimo.)

Contemplando estaba en Ronda,  
Frontero del ancha cueva,  
El valiente moro Audalla,  
Que va la vuelta de Teba,  
Que un honroso pensamiento  
De su voluntad lo lleva  
De su patria desterrado,  
Por hacer del hado prueba.  
Parado sobre el caballo,  
La lanza en el hombro puesta,  
Unas veces mira al pueblo,  
Y otras hablando se eleva.  
—¡Oh patria desconocida,  
Presto oirás de mí la nueva  
Que si envidia te ha movido  
Mayor envidia te mueva!  
Ya que me diste ocasion  
Que tu propia sangre beba,  
No permita el alto cielo  
Que haga lo que yo no deba;  
Y ántes que del frío invierno  
El sol la humedad embeba,  
Verás que mi claro nombre  
Con mas valor se renueva.  
¡Mal haya el halcon lijero  
Que en ruin presa se ceba,  
Y el que padeciendo sed  
Aguarda á que el cielo llueva  
¡Mal haya quien no se ampara  
Del frío si ve que nieva,  
Y el que espera que en su casa  
Otro menor se le atreva!—  
Dijo: y ántes que el enojo  
La sangre mas le remueva,  
Volvió riendas al caballo,  
Y va la vuelta de Teba.

(Romancero general.)

128.

AUDALLA. — II.

(Anónimo.)

Ponte á las rejas azules,  
Deja la manga que labras,  
Melancólica Jarifa,  
Verás al galan Audalla,  
Que nuestra calle pasea  
En una yegua alazana,  
Con un jaez verde oscuro,  
Color de muerta esperanza.

5

Si sales presto, Jarifa,  
Verás cómo corre y para,  
Que no lo iguala en Jerez  
Ningun ginete de fama.  
Hoy ha sacado tres plumas,  
Una blanca y dos moradas,  
Que cuando corre lijero,  
Todas tres parecen blancas.  
Si los hombres le bendicen,  
¡Peligro corren las damas!  
Bien puedes salir á verle,  
Que hay muchas á las ventanas.  
¡Bien siente la yegua el día  
Que su amo viste galas,  
Que va tan briosa y loca  
Que revienta de lozana;  
Y con la espuma del freno  
Teñidas lleva las bandas,  
Que entre las peinadas crines  
El hermoso cuello enlazan!  
Jarifa, que al moro adora,  
Y de sus celos se abrasa,  
Los ojos en la labor,  
Así le dice á su Aya:  
—Días ha, Celinda amiga,  
Que sé cómo corre y para:  
Quien corre al primer deseo,  
Al segundo pára el alma.  
No me mandes que le vea,  
¡Pluguiera á fortuna vária,  
Que como sé lo que corre,  
El supiera lo que alcanza!  
¡Muy corrida me han tenido  
Sus carreras y mis ansias:  
Las secretas por mi pena,  
Las públicas por mi fama!  
Por mas colores de plumas  
No hayas miedo que allá salga,  
Porque ellas son el fiador  
De sus fingidas palabras:  
Por otras puede correr  
De las muchas que le alaban,  
Que basta que en mi salud  
El tiempo toma venganza.—

(Romancero general.)

129.

AUDALLA. — III.  
(Anónimo.)

Después de los fieros golpes,  
Que con gran destreza y saña  
Se dieron los fuertes moros  
Azar y el valiente Audalla,  
Azar se quedó en su tierra,  
No olvidando á Celindaja,  
Y Audalla vuelve á la corte  
A ver á su Lindaraja,  
Por tener celos el moro  
De Albenzaide que la amaba,  
Que por ser rico, y él pobre,  
Teme quiebre la palabra.  
Dice: —¡Lindaraja mía!  
¡Dulce prenda de mi alma!  
Haz que muera esta sospecha  
Que en mi corazón escarba.  
No permitas que Albenzaide  
Se ponga alegre guirnalda,  
Ni que de esperanzas mías  
Lleve triunfando la palma.—  
Y volviendo el rostro al cielo  
Vió que en medio su jornada  
Estaba ya el rojo Febo  
Dando al mundo luz dorada,  
Y con la pasada fiesta  
La gente en silencio estaba,  
Temiendo el grave rigor  
Que sus claros rayos lanzan.

Entrando por Val del Moro,  
Queriendo tomar posada,  
Se acordó que en el cortijo  
Un álamo grande estaba,  
Que con sus ramos bojosos,  
Cubriendo del sol la cara,  
Hace una agradable sombra,  
Que á sueño convida y llama.  
Camina derecho á ella  
A descansar, que se halla  
Fatigado del calor,  
Que cuerpo y alma se abrasa.  
Entrado que fué en la cerca,  
Vió que destroncado estaba:  
Sabida la causa, fué  
Porque pidieron las damas  
A los galanes del pueblo,  
Que le despojen de ramas  
Que les hace el gesto feo  
Y verdinegras las caras.  
Suspira el moro diciendo:  
—Amor artero, ¿en qué andas,  
Que no contento con hombres,  
Gustas que mueran las plantas?  
Mostrádome has con el dedo  
La prueba de las mudanzas,  
Con que renuevas mi pena  
Y pagas al que te ama.—  
Vuelve al caballo la rienda,  
Ardiendo en celosa llama,  
Y por en medio del pueblo,  
La lanza en el hombro, pasa  
Jurando no descansar  
Antes de ver á su dama:  
Que de medrosas sospechas  
No se escapa quien bien ama.

(Romancero general.)

130.

AUDALLA. — IV.  
(Anónimo.)

A los suspiros que Audalla  
Arrimado á un fresno arroja,  
Las fieras bajan humildes  
De las encumbradas rocas.  
Ayúdanle á sus lamentos,  
Con gritos y voces roncas,  
Porque hasta los animales  
De su pena se congojan.  
Es la ocasion de su llanto  
Daraja, una ingrata mora,  
Hija de Zulema, alcaide  
De Guadix, Velez y Ronda;  
Que sin mirar los servicios  
De dos años, quiso agora,  
Por una injusta sospecha,  
Borrarle de su memoria;  
Y fué que en cierto sarao  
Sobre una blanca marlota  
Sacó escrita aquesta letra:  
«Aborrezco á quien me adora»  
Entendió que se decía  
Por ella, y por sí lo toma,  
Y sin aguardar mas causa  
Privó al moro de su gloria.  
Desterróle á media noche  
Con esta palabra sola:  
«Si á quien te adora aborreces,  
Que te olvide tanto monta».  
Cerró con esto el balcón,  
Y Audalla con mas congoja  
Se sale desesperado  
Al mismo instante de Ronda.

(Romancero general.)

131.

AUDALLA. — V.  
(Anónimo.)

—Galanes, los de la corte  
Del rey Chico de Granada,  
Quien dama Cegri no sirve,  
No diga que sirve dama;  
Ni es justo, pues que se emplea  
Su fe tan mal, que le valgan  
Del amor los privilegios,  
Ni las leyes de la gala;  
Ni que delante la Reina  
En los sarao de la Alhambra  
Se le consienta danzar  
Entre sus damas la zambra;  
Ni que el dulce nombre della  
Le cifre en letras grabadas,  
Ni bordado en la librea  
Le saque en fiesta de plaza;  
Ni que pueda del color  
De su dama sacar banda,  
Almaizar listado de oro,  
Travesado por la adarga;  
Ni atar al robusto brazo  
Mano blanca, toca blanca,  
Para tirar los bohordos  
Y para jugar las cañas;  
Ni que ponga en camafeo  
Ni en targeta de oro ó plata,  
Debajo de ricas plumas,  
Su retrato por medalla;  
Ni yegua color de cisne,  
De clin ni cola alheñada  
Para ruar el terrero,  
La puerta ni la ventana.—  
Esto plantó en un cartel  
El enamorado Audalla,  
Galán, Cegri de linaje  
Y que bella Cegri amaba;  
Pero las damas Gomeles,  
Que eran muchas y muy damas,  
Y las pocas Bencerrajes  
Que han quedado desta casta,  
Y algunas Almoradies,  
Este papel enviaban,  
Siendo por voto de todas  
Fátima la secretaria.  
—Audalla: si á cortesía  
No está sujeto quien ama,  
Perdona lo que leyeres;  
Si lo estás, escucha y calla,  
Que damas hay en la corte  
Que ya que por su desgracia  
Les falte gracia contigo,  
Pluma y pico no les falta  
Para quedar satisfechas,  
O podrán muy poco ó nada,  
Contra ofensas de carteles  
Satisfacciones de cartas.  
Sobre el cuerno de la luna  
Las damas Cegrís levantas;  
Pero hasta llegar á ellos  
Todo es aire lo que pasas.  
A sus galanes prefieres  
Privilegios y ventajas  
En máscaras y sarao,  
En juegos y encamisadas:  
Prefiérelas norabuena,  
Y dales blason y fama  
De gala, de ocio y de paz,  
En guerra, batalla y armas.  
Mas ¿qué se le dará de esto,  
Ni qué tendrá por infamia  
Quien no quiso perdonar  
Al regalo de su casa,  
Viendo al cristiano que tiene  
La ciudad así sitiada,

Y de católicas tiendas  
Coronada la campaña;  
Y viendo que en nuestro tiempo  
De Genil las olas claras  
Ha dos años que se beben  
Con tanta sangre como agua;  
Y que á los demas galanes  
Son libreas las corazas,  
Reffiegas los caracoles,  
Y los bohordos son lanzas;  
Y quien sabe prometer  
Con soberbia y arrogancia  
La cabeza del Maestre  
De la Cruz de Calatrava,  
Cuando prendieron al Rey  
En sangrienta lid trabada,  
El alcaide y los donceles  
Del fuerte conde de Cabra,  
Y partiendo á Santa Fe,  
Mas á vella que á estorballa,  
Después de ocupado un día  
En aquesta empresa escasa,  
Con mas salud que partió,  
Y mas luciente la lanza,  
Y la adarga mas entera,  
Y la yegua ni aun sudada,  
Viendo que las damas quedan  
Del Alhambra en la muralla,  
Para mirar los guerreros  
Y para ver lo que pasa,  
Por tener continuo vuelta  
A su señora la cara,  
Al primer encuentro vuelve  
Al cristiano las espaldas;  
Sirvase de eso quien gusta  
De este amor, de esta crianza,  
Y de ver hombres en hechos,  
Y leones en palabras,  
Que gozará de mil años,  
Muy segura y confiada,  
Que si de edad no muriere,  
No morirá de lanzada.

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos  
Romances, 2.ª parte.)

132.

AUDALLA. — VI.  
(Anónimo.)

Galanes, damas Gomeles,  
Con las de esotros bandos,  
Nosotras moras Cegrís  
Saludes os enviamos.  
La carta que le escribisteis  
A nuestro Audalla preciado,  
Después de andar en la corte  
De una mano en otra mano,  
Vino á parar en las nuestras;  
Si nos pesó lo callamos:  
Baste que nos dió contento,  
Que Audalla hubiese hallado  
Quien de escribir sus hazañas  
Haya tenido cuidado,  
Y de que sus coronistas  
Seais, sin que os dé salario:  
Aunque nosotras queremos  
Que se os señale muy largo,  
Pues tan largas habeis sido,  
Y tan bien habeis glosado.  
El cartel que en el Alhambra  
Fué por Audalla plantado,  
No hablaba con las damas,  
Sino con los cortesanos,  
Con los que os quieren y adoran,  
Y serviros es su trato.  
De ellos era el responder,  
Y á vosotros excusado;  
Mas á falta de hombres buenos

Habéis por ellos hablado.  
Juntasteis vuestro cabildo,  
Usurpasteis cetro y mando,  
Y elegisteis secretaria,  
Que escribió lo decretado.  
¡Por cierto fué grande hazaña!  
¡Pues no visteis el agravio  
Que á los galanes hicisteis,  
A quien hacer era dado  
El descargo del cartel,  
Pues era solo en su daño?  
Habéis mostrado con esto  
Que entre todos ha faltado  
Quien satisfacer pudiese  
Con tal descargo á tal cargo,  
O que estiman en tan poco  
Ser de vosotras amados,  
Que el aumento de palabras  
Que es nada, estiman en algo.  
¡Muza por ventura duerme?  
¡O solo sabe en palacio.  
Delante el Rey y las damas  
Mostrarse brioso y bravo?  
¡Ha cobrado el ramillete?  
¡Ha ya de la vega echado  
Al Maestre y los demas  
Que nos matan con rebatos?  
¡Bien se parece, pues vemos  
A Bajamed tan lozano,  
Aunque aldadadas ahora  
Da á las puertas el cruzado!  
Decid que Muza responda  
A Audalla, que no al cristiano;  
Y si excusarse pretende,  
Por vivir desesperado,  
Como lo muestra en salir  
De amarillo disfrazado,  
Tome por él la recuesta  
Abindarraez gallardo,  
Muestre los grandes favores  
Que ha de Jarifa alcanzado,  
Y cuán diestro y suelto es  
En hacer mal á un caballo,  
Y en sujetarle y volverle  
Ya de este, ya de aquel lado,  
Mas como no es en las véras  
Como en las burlas probado,  
Ni jamas se vió en batalla  
Con los cristianos lidiando,  
No es justo se cargue de armas  
En que no está ejercitado,  
Y mas viviendo Aliatar,  
Que en esto es cual él probado,  
Pues por no tenerse envidia  
Ambos á dos se han jurado  
No quitar cristiana vida,  
Ni manchar con sangre el campo.  
Visto que no tratan de armas,  
Serán estos excusados,  
Y suplirá Keduán  
La falta de tantos faltos,  
Galan que ganó á Jaen  
En una noche soñando,  
Y engañado con tal sueño,  
Le tuvo por acabado;  
Y así prometiendo al Rey  
Darle á Jaen en las manos,  
Sin ver los inconvenientes  
Que pudieran estorbarlo,  
A la conquista partió,  
Y dió á ella tan buen cabo,  
Que hoy Granada es del rey Chico,  
Y Jaen de Don Fernando.  
Volved por estos galanes,  
Queredlos y acariciadlos,  
Favorecedlos, servidlos,  
Que es justo ser estimados;  
Pues segun sus claros hechos,  
Muy cierto os aseguramos,

Que si del lodo no os ponen,  
Se les contará á milagro.

(Romancero general.)

133.

AUDALLA. — VII.

(Anónimo.)

—Mira, Tarfe, que á Daraja  
No me la mires ni hables,  
Que es alma de mis despojos,  
Y criada con mi sangre,  
Y que el bien de mis cuidados  
No puede mayor bien darme  
Que el mal que paso por ella,  
Si es que mal puede llamarse.  
¡A quién mejor que á mi fe  
Esta mora puede darse.  
Si ha seis años que en mi pecho  
Tiene la mas noble parte?—  
Esto dijo Almoradi,  
Y escuchóle atento Tarfe,  
Entrambos moros mancebos,  
Y de los mas principales;  
Y arqueando entrambas cejas  
Con airosos ademanes,  
Sin cólera le responde,  
Pidiendo le escuche y calle:  
—Dices que Daraja es tuya,  
Y que de su amor me aparte.  
Si lo hiciera, si á mi vida  
Tanta vida no costase.  
Nunca tú por su servicio,  
Como yo escaramuzaste,  
Ni en su presencia al Maestre  
Caballo y lanza ganaste:  
Caballero de la Cruz  
Cautivo no la enviaste,  
Ni las medias lunas nuevas  
Entre sus tiendas plantaste;  
Ni con agna hasta los pechos  
Por Gemil atravesaste,  
Para quitar al Maestre  
La cabeza de Albenzaide;  
Ni delante de las damas,  
Entre el rio y el adarve,  
Tres cabezas de cristianos  
A tu dama presentaste;  
Ni es bien que suyo se miente  
Quien salió ayer al alcance,  
Y fué postrero en salir,  
Y primero en retirarse;  
Y que cuando entre esos moros  
Cristianos despojos parten,  
Se está rizando el cabello,  
Tratando de retratarse.  
Retrátate, Almoradi;  
Pero es bien que te retrates  
De tus mujerieles hechos,  
Y en cosas de hombres no trates,  
Pues suena mal que te estés  
Entre invenciones y trajes.  
Cuando tus deudos y amigos  
Andan cubiertos de sangre,  
Y cuando con los contrarios,  
Sin que ganemos ni ganen,  
Nos matamos mano á mano,  
Tú con las moras te mates;  
Y que en vez de echarte al hombro  
La malla y turques alfanje,  
Te eches bordadas marlotas,  
Y vayas á ruar calles:  
Mira que es fama en Granada,  
Y aun en el campo se sabe,  
Que hay un moro entre nosotros  
Almoradi de linaje,  
Que cuando á la escaramuza  
Los moros mancebos salen,  
Con un enfermo accidente

Se finge por excusarse.  
Mira pues si son hazañas  
Estas que tus brazos hacen,  
Para que mi bella mora  
Me deje de amar y te ame.  
Mira si te favorece  
Como á los demas galanes  
Los favorecen sus moras  
Con empresas y almaizares.  
La mañana de San Juan,  
Cuando á escaramuzas sales,  
Nunca de su blanca mano  
Blanca toca te tocaste;  
Ni en las zambras y saraos  
Se sabe que te mirase,  
Como á mi, que me miró,  
Mandándome que descanse,  
Y los dos danzamos juntos  
Cuando se casó Albenzaide.  
¡Y vive Alá que me pesa  
De que tanto se declare,  
Porque su valor y prendas,  
Su discrecion y sus partes  
De mas de un dichoso moro  
Merecen enamorarse!  
Deja los intentos locos,  
Si ya no quieres que pasen  
A mas que conversacion  
Las arrogancias que hablaste:  
Refrena la lengua un poco,  
Y piensa que el hablar hace  
Continuamente gran daño  
Donde se sienta el ultraje;  
Porque ha de entender el juez,  
Primero que sentenciare  
Las culpas, que no sentencie  
La pena de la otra parte:  
¡Mira que aunque cuesta poco  
El hablar, suele estimarse  
Una palabra en mas precio  
Que el oro que un reino vale!  
Así que, apartarte es bien  
Del principio que tomaste,  
Sin querer que nadie goce  
De lo que tú no alcanzaste,  
Si no es, Tarfe, que te sueñas  
Que puedes señor llamarte,  
En ser servidor de damas;  
Pero no que ellas te amen.—  
El Almoradi acabó,  
Dejando al galan de Tarfe  
Entre turbado y furioso,  
Prometiendo de vengarse.  
(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos  
Romances, 3.<sup>a</sup> parte.)

134.

AUDALLA. — VIII.

(Anónimo.)

El espejo de la córte,  
Aquel celebrado Audalla,  
El querido de su Rey,  
Y el mas noble de su casa;  
Respetado por su sangre,  
Y temido por su espada,  
Amado del reino todo,  
Respetado de las damas;  
Corrido de que en la córte  
Del rey Chico de Granada  
No se guarde aquel decoro  
Que las leyes de amor mandan,  
A Tarfe y Almoradi,  
Que fuéron de ello la causa,  
El uno con damerias,  
Y el otro con arrogancias;  
En una fiesta solemne  
Que se hizo en el Ahambra  
La noche que se casaron

Benzulema y Celindaja,  
Hallando Audalla ocasion  
Para lo que deseaba,  
Los dos de la competencia  
Le oyeron estas palabras:  
—Mis amigos sois entrambos,  
Y entrambos sois de mi casa,  
Y como á tal, mis razones  
Escucharéis, si no os cansan.  
No fuera bien, caballeros,  
Que á costa de ajena fama,  
Dén los cuerpos á entender  
Las pasiones de las almas,  
Y que todo el vulgo diga  
Por las calles y las plazas,  
Que Tarfe y Almoradi  
Se acuchillan por Daraja;  
Que el uno la llama suya,  
Y el otro suya la llama;  
Que uno se alabe de cosas  
Que el otro tambien se alaba,  
Y que estimeis en tan poco  
El valor de vuestra dama,  
Que os pinteis favorecidos  
Los dos, y digais que os ama.  
Yo tengo por muy sin duda,  
Y en toda la corte es fama,  
Que á entrambos os favorece,  
Y á ninguno ha dado banda.  
Pésame de que se entienda  
Entre la gente cristiana,  
Que la que en Granada vive  
Es tan poco cortesana;  
Pues dirá Puertocarrero,  
Famoso señor de Palma,  
Que en las honras femeniles  
Ensayamos las espadas,  
Y que cortan nuestras lenguas  
En el honor de las damas,  
Harto mas que en sus aceros  
Cortan nuestras cimitarras;  
Que acá nos echamos plumas  
Cuando ellos nos echan lanzas,  
Y deshonoramos las moras,  
Cuando ellos honran las armas;  
Que prometemos cabezas,  
Cuando hay en las nuestras falta,  
Y nuestra braveza toda  
Se convierte en amenazas.  
Si Tarfe de esta señora  
Quiere granjear la gracia,  
¡Hacerlas, y no decir las,  
Son las finas arrogancias!  
Y si Almoradi pretende  
Por lo lindo grangearla,  
Tenga mayor el secreto,  
Y menor la confianza.—  
En esto salió la Reina  
Con el Rey á ver la zambra,  
Y así cesó por entónces  
La plática comenzada.

(Romancero gener

135.

AUDALLA. — IX.

(Anónimo.)

—Aquel que para es Amete,  
Este que corre es Audalla,  
El que en tu fe mal segura  
Fatigan sus esperanzas.  
¡Qué firme que va en la silla!  
¡Qué bien que embraza la adarga!  
¡Qué segura lanza lleva!  
¡Qué bien matizada manga!  
Tres veces paró la yegua,  
Hizo mesura otras tantas  
A tu balcon, cuyas rejas  
Son mas que tu pecho blandas.

Tras tantas nubes de olvido,  
 Por favor divino aguarda  
 De tu sol los rayos bellos,  
 Que á dalle su gloria salgan.  
 Acábense las tinieblas  
 De su pena y tu venganza;  
 Bellísima Zara, espera,  
 Abriré las dos ventanas.  
 ¿Qué imagen como la tuya,  
 Desde Genil á Jarama  
 Sustenta y compone el tiempo,  
 Adora y pinta la fama?  
 Eres mucho para vista,  
 Fuera mucho para amada;  
 Pero con las veras hielas,  
 Y con las burlas abrasas.  
 Audalla vuelve á correr,  
 Extremo de gala y armas:  
 Tú le alabas, y él te adora,  
 Para que le adores basta.—  
 Esto á Zara le decía,  
 Viendo en Granada unas cañas,  
 Záfira la de Antequera,  
 Y así le responde Zara:  
 —¿Qué necedad me encareces?  
 ¿Qué extremo de galas y armas  
 De mis querellas principio,  
 Y fin de mis alabanzas?  
 ¿Qué mal informada vives!  
 ¿Qué poco sabes de Audalla!  
 ¿Qué de verdades desmienten  
 A sus apariencias falsas!  
 Irá muy firme en la silla,  
 Porque es el correr mudanza;  
 Su lanza segura rige  
 Peligrosa mano varia.  
 Tantas damas son las suyas,  
 Que si de todas alcanza  
 Solo un punto de favor,  
 Podrá matizar diez mangas.  
 Pára aquí y allí la yegua;  
 Su voluntad nunca pára;  
 Humildes medidas linge  
 Con alma rebelde, ingrata;  
 Facilidades humildes  
 Le ocupan, sabiendo Audalla,  
 Que á desfavores humildes  
 Bajos favores no igualan.  
 Yo confieso que me burlo;  
 Confiesa tú que es hazaña  
 Pasar de amor los peligros  
 Con mil cautelas de guarda.  
 Záfira, tú convaleces,  
 El aire colado pasa,  
 Esta sala está muy fría,  
 Volvámonos á la cuadra.—

(Romancero general.)

## ROMANCE DE SALER CEGRI.

136.

(Anónimo.)

—Mientes, y si acaso el Rey  
 Los ampara en esta causa,  
 En su cara le diré  
 Al Rey, que me lo levanta  
 Por no pagarme el servicio  
 Que debe á mi brazo y lanza,  
 Creyéndose de quien quiere  
 Acreditarse con gracias.—  
 Por la puerta de palacio,  
 Los ojos vueltos en brasa,  
 Bravo y furioso Saler  
 Sale empuñando la espada.  
 —¿No saben los Bencerrajes,  
 Dice, volviendo la cara,  
 Que no sufren los Cegries

Que les toquen en la fama  
 Mienten otra vez, les digo:  
 Y repito estas palabras,  
 Por si hay tan valiente alguno,  
 Que de lo dicho se agravia.  
 ¿Qué cristianos habeis muerto,  
 O escalado qué murallas?  
 ¿O qué cabezas famosas  
 Habeis presentado á damas?  
 ¿Cuándo vencisteis alguno  
 De los de la cruz de grana?  
 ¿Pensais que empuñar gineta,  
 És como volar las cañas?  
 En el usurpado escudo  
 Blasonais de las hazañas,  
 ¿Dónde están los coroneles  
 De reyes que os deben parias?  
 Finalmente, ¿qué habeis hecho  
 Para decir en las plazas,  
 Y ante el Rey, que los Cegries  
 Mejor que lo hacen hablan?  
 Y cuando de noche estais  
 Durmiendo en las blandas camas  
 ¿Quién si no son los Cegries,  
 Salen á hacer cabalgadas?  
 Cuando los cristianos vienen  
 Sobre vuestra hacienda y casa,  
 ¿A quién acudis los moros,  
 Vertiendo los ojos agua?  
 Sepa vuestro bando junto,  
 Que á todo junto en campaña  
 Le daré á entender que soy  
 Cegri, si todo me aguarda:  
 Y si por ser yo no osais,  
 Escogé en toda Granada  
 El menor de los Cegries,  
 Que él os dirá quién se alaba.

(Romancero general.)

## ROMANCES DE ADULCE.

137.

ADULCE. — I.

(Anónimo.)

—Aquel moro enamorado,  
 Que de las batallas huye,  
 Mal parece que en palacio  
 Honroso lugar ocupe:  
 El que al Maestro no ha dado  
 Entre las bermejas cruces  
 Bote de lanza ó flechazo,  
 Con valientes no se junte:  
 El que á su competidor  
 Favor conocido sufre,  
 Con el duelo de amadores  
 Comedidamente cumple:  
 El que no dice en las plazas  
 Cautivos cristianos truje,  
 Que están sirviendo á mi dama,  
 De galanes no murmure:  
 El que no saca en las fiestas  
 Cuadrilla y galas azules,  
 No embrace adarga de Fez,  
 Ni lanza gineta empuñe.—  
 Esto dice Abindaraja,  
 Ultrajando al moro Adulce,  
 Enemigo de Albenzaide,  
 Que baldonalle presume.  
 Bajezas contaba de él,  
 Que tan infames costumbres  
 Aun no pudieran hallarse  
 En los alarbes comunes.  
 Había zambra en palacio,  
 Y casábase aquel lunes  
 Aja, la prima del Rey,  
 Con un infante de Tunez.  
 Galvana la cordobesa

Era gran cosa de Adulce,  
 Y viendo que son malicias  
 Las faltas que le atribuye,  
 A Abindaraja responde:  
 —¿Tú piensas que de las nubes  
 Bajó tu moro Albenzaide?  
 Pues ruégote que me escuches.  
 Adulce, de sangre real,  
 Tiene el vencer por costumbre,  
 Y es el lugar mas honroso  
 Cualquiera lugar que ocupe.  
 Cuando el hierro de su lanza  
 Allá en la Vega reluce,  
 No está seguro el Maestro,  
 Aunque sus valientes junte.  
 Alguno que compra esclavos  
 Ha dicho: Cautivos truje,  
 A fuego y sangre ganados,  
 ¿Bien haya quien de él murmure!  
 No compite con los hombres,  
 Tampoco bajezas sufre  
 De amadores geneales  
 Que con mil galanes cumplen.  
 Brocados saca á las fiestas,  
 No tafetanes azules,  
 Como algunos, que es vergüenza  
 Que lanza gineta empuñen.  
 Vale Adulce por mil moros  
 Como Albenzaide; no busques  
 Alguna ocasion forzosa  
 En que la cara le crucen.  
 Si á Adulce quisiste bien,  
 Si no te quiso, concluye  
 Con olvidalle callando,  
 No me agraves ni le culpes,  
 Que á no estar adonde estamos,  
 El cuchillo de mi estuche  
 Esa lengua te cortara,  
 Porque con ella no injurias.—  
 Levantóse Abindaraja  
 Diciéndola: —No te burles,  
 Porque aquí me vengaré  
 De quien aquí me lo jure.—  
 Alborotóse el palacio,  
 Reduanes y Gazules,  
 Zulemas y Abencerrajes,  
 Que son los bandos ilustres,  
 Salieron desafiados:  
 Albenzaide retó á Adulce,  
 Que á guisa de caballeros,  
 Y valientes andaluces,  
 Al campo se salgan solos,  
 Y despues que desmenucen  
 Sus lanzas largas y gruesas,  
 Y á las espadas se ajunten,  
 El caballero animoso  
 Que al otro en tierra trabuque,  
 Pueda gozar de su dama  
 Conforme el padrino juzgue.  
 ¿Oh maldito seas, amor,  
 Que no hay bien que tú no mudes,  
 Ni cordura tan fundada  
 Que mil veces no la turbes!  
 Encubres públicos celos,  
 Y amor secreto descubres;  
 Con ciertas enemistades,  
 Terribles marañas urdes:  
 Tiempo vendrá que las damas  
 Contra tu poder se aunen;  
 Pero sepamos ahora  
 Cómo esta guerra concluye.

(Romancero general.)

138.

ADULCE. — II.

(Anónimo.)

La noche estaba esperando,  
 Y apenas cierra la noche,

Cuando el fuerte moro Adulce  
 A su casa se recoge.  
 De esperanzas viene rico,  
 Pero de ventura pobre,  
 Porque aunque son verdaderas,  
 No habrá lugar que las goce.  
 Armándose estaba el moro,  
 Mas no contra sinrazones,  
 Que estas no tienen defensa  
 En hidalgos corazones;  
 Porque como no las hacen,  
 Ni las temen, ni conocen,  
 Y aunque es grande honor vengallas,  
 No ha de ser con todos hombres.  
 Seguro estaba y contento  
 Con las sombras de la noche,  
 Que le fuera claro día,  
 Y ocasion de nuevo nombre,  
 A no prendello el alcaide  
 Con falsas informaciones,  
 O con alguna ocasion,  
 Que es la moneda que corre,  
 Por quien el peso y la espada  
 No es mucho que caiga y corte,  
 Y que la vara derecha  
 Una y mil veces se doble.  
 Dicen que se halló en la muerte  
 Del infeliz Agramonte,  
 Y que se trazó en su casa,  
 Acogiendo los traidores.  
 Desarman al moro luego,  
 Y encierranlo en una torre.  
 Armándose de paciencia  
 Contra agravio tan enorme,  
 Y paseando por ella,  
 El mismo se habla y responde,  
 Que como no tiene yerros,  
 No le pusieron prisiones.  
 Mirando está las paredes  
 Que lo cercan y le esconden,  
 Las relucientes estrellas  
 Que le fueron claros soles,  
 Cuya luz anticiparon  
 Dando nuevos resplandores,  
 Para ser testigos fieles  
 Del fin de sus pretensiones.  
 —¿Ay Aja! dijo, ¿qué es esto?  
 ¿Que siempre son tus favores  
 Prueba de mi desventura,  
 Que la publican á voces?  
 ¿Qué sirve esperar el bien  
 Y procurar ocasiones,  
 Si la libertad me quitan  
 Solo porque no los logre?  
 Desto, hermosa Aja, infiero  
 Que estaremos ya conformes,  
 Porque á no ser esto así  
 No me prendieran entonces;  
 Pues solo para que viera  
 Que viene á ménos tu nombre,  
 Me sobrara libertad,  
 Porque en desdichas me sobre.—  
 Desta suerte se quejaba  
 Adulce, cuando á la torre  
 Le van á ver sus amigos,  
 Todos valientes y nobles.  
 (Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos  
 Romances, 2.ª parte.)

139.

ADULCE. — III.

(Anónimo.)

En la prision está Adulce  
 Alegre, porque se sabe  
 Que está preso sin razon,  
 Y le quieren mal de balde.  
 Esto es causa que en el moro  
 Es la pena ménos grave,